

ranza; siendo fiel y resignada, he cumplido, no sólo con lo que debía á tí, sino tambien con lo que me debía á mí misma: me han sostenido, ademas, los consuelos y consejos de nuestro piadoso capellan, de ese digno sacerdote, que ha vertido en las heridas de mi alma el bálsamo de la religion.

—Él ha sido quien me ha escrito con frecuencia acerca de tu género de vida, del oculto amor de Salvador, que él comprendió ántes que nadie, de tu existencia solitaria, silenciosa y triste, de tu oposicion al divorcio que tu abuela exigia.

—¡Él!

—Sí, Valeria; y sus exhortaciones, sus consejos, sus dulces palabras, eran el eficaz lenitivo para los atroces dolores que me causaban las miserables coqueterías de esa mujer. ¡Cuántas veces, al salir de su casa consumido de celos y devorado de cólera y de odio, he hallado mi alivio en una carta del padre Juan! ¡Qué dulces y consoladoras verdades encontraba siempre en ellas!

«Vuelva V., me decia, vuelva V., señor Conde. Su nido conyugal permanece todavía casto y puro, ocupado por la tórtola llorosa y viuda, pero inocente. Ahí están la desesperacion, el remordimiento, acaso la locura y el crimen: aquí la paz del alma, el amor legítimo, la esperanza de un hijo, el trabajo, que es la verdadera, casi la única felicidad de las almas grandes.»

—¿Y dónde te enviaba sus cartas?

—Las dejaba en mi cuarto: allí, sobre mi mesa, encontré la primera, y fué tal la impresion que me produjeron la dulzura, la sabiduría que se advertia en ella, la

elocuencia de sus razonamientos, la elevacion de sus conceptos, que me pregunté si ese humilde anciano habia bebido en las dulces doctrinas de San Francisco de Sales, ó en las elevadas de San Agustin, ó en las austeras y fogosas de San Jerónimo. Pero ¿qué digo? Toda la esencia de esos tres grandes doctores y médicos del alma la ha aspirado ese admirable y santo anciano, y cuando un sacerdote sabe derramar de ese modo la luz de la verdad, ésta penetra en las almas más endurecidas: yo he tenido los dos mejores médicos para el cáncer mortal que me estaba consumiendo: una mujer buena y cristiana, y un ejemplar sacerdote.

Calló mi marido entónces, y yo, despues de contemplar admirada y absorta durante algunos instantes su bella fisonomía, llena de animacion y de fuego, elevé al cielo mis ojos para darle mil y mil gracias con todo mi corazon.

Estaba segura de que la cura era entónces radical y completa.

Una voz interior me lo decia: la voz del corazon que no engaña jamas.

V.

NUEVOS CONSEJOS.

Al dia siguiente fuí á buscar al capellan, para darle gracias con toda la efusion de mi alma.

—¿De qué, señora? me preguntó. He procurado apartar una alma del mal camino; ¡ojalá lo consiga! pero si lo logro, será debido, más que á mis pobres esfuerzos, á la bondad infinita de Dios.

Dios, en efecto, habia bendecido los esfuerzos de aquel buen sacerdote. Aquella noche mi marido, despues de mucho tiempo, vino á casa temprano, y pasó la velada al lado mio como en los tiempos felices en que nos acababan de unir la voluntad de mi madre y la bendicion de la Iglesia.

El capellan y Felicia pasaron tambien la velada con nosotros.

Al dia siguiente me dijo Felicia, á cuya casa fuí.

—Mi querida Valeria, aconsejo á V. que haga un viaje con su marido.

—¿Un viaje? le pregunté admirada.

—Sí, un viaje: ha amado tanto á la Vizcondesa, ó mejor dicho, ha alimentado por ella un capricho tan fuerte y tan durable, que su espíritu ha quedado herido de melancolía, y estará abatido durante largo tiempo. Veo el desaliento escrito en sus facciones; desea volver al buen camino, desea amar á V. y refugiarse en la vida de familia. Ayúdele V. noblemente en sus laudables esfuerzos; sea V. generosa hasta el fin.

—Pero él mismo me ha dicho, repuse yo, que esa mujer se va, y si le propongo un viaje, quizá le dé yo misma el medio de seguirla.

—No, dijo Felicia; afortunadamente sabemos á dónde va esa desgraciada jóven.

—¿Por qué la llamas desgraciada? exclamé con aque-

lla amargura que algunas veces se desbordaba de mi corazón á pesar mio. Yo pienso, por el contrario, que esas mujeres son las únicas que conocen la suprema felicidad de inspirar el amor verdadero, el amor apasionado que los hombres niegan á la fria, austera y monótona virtud.

—¿Qué error! exclamó mi aya. ¡Qué lamentable error sería el pensar eso, querida Valeria! Pero no, V. no lo piensa; V. no siente lo que dice; y si lo pensase, bastaría para desengañarla lo que voy á decirle. ¿Sabe usted con quién se va esa mujer?

—No, le respondí.

—Se va con Sandoval.

—¿Con Sandoval?

—Con Sandoval, que es el amante que más le ha durado; con Sandoval, que ha agostado todos sus proyectos de arrepentimiento y de retiro, como el sol agosta las flores tiernas y puras que brotan en una mañana de Mayo.

—Y ¿á dónde se van? pregunté yo.

—Se van á la Habana.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Acaso no es público en Madrid? Toda apariencia de decoro y de honor ha caido ya ante los ojos de esa desdichada. De hoy más se halla en el número de esas infelices mujeres, oprobio de su sexo. De hoy más tiene que renunciar á la esperanza de inspirar respeto y afectaciones, lo que tal vez hubiera llegado á conseguir con un sincero arrepentimiento.

Aquella misma mañana y durante el almuerzo que hi-

cimos solos mi marido y yo, expuse á éste mi deseo de viajar.

— Valeria, me respondió, es imposible por ahora atendido tu estado y lo avanzado de tu embarazo: así que nazca nuestro hijo y te halles restablecida, cumpliremos ese deseo si áun persistes en él.

VI.

REGENERACION.

Vi volver poco á poco la paz y la calma al corazón de mi marido, con aquella íntima y santa alegría con que se acoge una dicha legítima y merecida.

Aunque yo estaba bastante delicada, y á pesar de mi luto, empezamos á salir juntos y á asistir á los teatros en el fondo de algun palco. Leíamos la noche que estábamos en casa, ó recibíamos á algunos amigos, y otras veces rogaba yo á mi marido que, atendido mi forzoso retiro, saliese él solo á ver á sus amigos al Casino, ó alguno de aquellos círculos políticos á los que estaban aquellos afiliados.

— ¿No te hallas bien estando yo á tu lado? me preguntaba tiernamente.

— ¡Oh, sí! ¿Pero por mí te has de imponer una eterna sujecion? Si sales un rato sólo, si tu espíritu se eleva y se explaya en otros objetos que no sean los sencillos cuidados del hogar, luego volverás más contento á mi

lado para hallar en él tu descanso á más graves impresiones, con las dulces de la familia; además, un marido no es un amante.

— ¿Por qué no puedo serlo yo? me preguntó Eduardo sonriendo.

— Porque no es lo regular ni lo natural, y te cansarías en breve de serlo. Sueño es buscar sueños; la realidad, si es algunas veces triste, es también hermosa muchas veces; y la realidad más bella es un buen marido en el matrimonio, y no un rendido amante.

Mi marido me abrazaba y se iba; pero desde que hubo roto la mano de Dios los lazos que le unían á la Vizcondesa, jamás volvió á abusar de mi confianza y buena fe, y siempre le vi volver á casa con la fisonomía abierta, tranquila y alegre.

La necesidad del trabajo se hizo sentir bien pronto, como sucede siempre en toda alma fuerte y tranquila. Mi marido volvió á aparecer á la cabeza de un partido político, y ocupó en la Cámara y en la Prensa uno de los sitios más distinguidos y más honrosos.

El nacimiento de mi hija vino á poner el sello á todas las esperanzas que yo alimentaba, y á convertirlas en realidades.

¡Honorina! este nombre es para mí como un eco del cielo; y después de escrito, debo cerrar estas Memorias, que empecé cuando áun la llevaba en mi seno, y que á ella dedico para que la hagan distinguir los sueños de las realidades.

Si hubiera dado á luz un hijo, hubiera guardado éstas y hubiera escrito otras, porque creo que una madre debe

dejar á sus hijos las lecciones de su experiencia; así, este manuscrito es el que dedico á mi hija.

No olvides nunca, mi Honorina!, y que estas memorias que te daré el día de tu casamiento te lo recuerden, que es locura el exigir la perfeccion absoluta, el extremo rendimiento, la continúa adoracion en tu marido; así como es locura tambien el creer que todo en los hombres es falsedad, ambicion y crueldad; no caigas nunca en ninguno de esos dos errores en que yo he sido educada, y que hubieran acabado con mi razon á no haberla sostenido los principios fijos, religiosos é indulgentes que, como una santa semilla, sembró en mi alma mi buena aya, á la que debo toda la felicidad que hoy disfruto.

Sobre todo, hija mia, por nada ni por nadie rompas, en tanto esté en tu mano, el santo lazo del matrimonio, si estás unida á un hombre á quien amas y que sólo ha delinquido por debilidad ó arrastrado por malos consejos. No hay compañía y proteccion más santa y más eficaz, más legítima y más respetada que la del marido.

Un mes despues del nacimiento de mi hija recibí esta carta de la Habana por el correo inglés.

« Tal vez, querida Condesa, ha olvidado ya, en medio de la felicidad que la rodea y que tanto ha merecido, á la pobre Gracia; pero ella se acuerda de V. y, aunque con mucho rubor, se lo dice en estas mal escritas líneas.

» Mis proyectos de retiro y de convento cayeron al suelo, así que reflexioné algún tanto. ¡Ay, á los veinte y tres años, es tan difícil renunciar ya á ser feliz para siempre! En medio de los mayores dolores canta la juventud el himno de la esperanza. Salvador se venía á

Ultramar; Sandoval se venía tambien y le acepté para compañero de viaje: aún amaba á aquel hombre que no me quiso jamas, y que desde hace algunos años me desprecia.

» Ahora ya no le amo: hay aquí jóvenes adorables, que hacen de la mujer una divinidad, un ídolo, al que sirven de rodillas. Al verlos me disgusté profundamente con Sandoval, y le dije que ó queria ser amada de esa suerte ó me dejase en libertad de hacer mi gusto.

» Pronto brillé como un astro en todos los saraos, en todas las fiestas de la capital de Cuba. Tenía razon su abuela de V., Condesa: aquí son todos los hombres ciegos y rendidos adoradores de la mujer; esclavos de sus caprichos. Además, aquí corre el oro con mayor abundancia que el cobre en ese viejo mundo: así es que me agrada mucho más este país y en él me quedo.

» Ya no amo al Marqués de Prado Hermoso, que va engordando como sucede á todos los que se casan: ya he despedido tambien á Sandoval, y cuando me canse de ser adorada y festejada y rica, no me faltará aquí algún convento donde llorar.

» Adios, mi querida Condesa: V. que reza, dirija al cielo alguna oracion por esta loca Gracia que la abraza y que la ama y la admira, pero que no puede imitarla.»

VII.

CONCLUSION.

Abro estas Memorias en sus últimas hojas, despues de muchos años.

Mi marido, despues de haberme hecho la más dichosa de las mujeres, murió á los diez años de haber nacido mi hija, habiendo sido modelo de esposos y de padres.

Mi hija, modelo el más acabado de todas las gracias y perfecciones, le ha seguido al sepulcro un año despues de su casamiento con el hombre á quien amaba, y al dar á luz su primer hijo, que la ha sobrevivido pocos instantes.

¡Eduardo! ¡Honorina! ¡Dichosos vosotros que os hallais reunido á los piés de Dios!

¡Rogad al Todopoderoso por la que queda acá abajo, y que os ha dedicado todo su amor!

Dentro de cuatro dias salgo con Felicia para encerrarme en el retiro y la soledad.

Con esta fiel amiga hablaré de vosotros, porque vosotros la conociais y la amabais. Con ella y con vuestro recuerdo, aún espero hallar algun consuelo en los dias que he de vivir sobre la tierra.

¡Bendito sea Dios, que me deja todavía esta felicidad!

Jamas nos desampara del todo, su mano providente:

Jamas deja á los que le aman en el abandono y en el dolor.

Cuando mire á la estrellada bóveda, hablaré con vosotros por medio de la oracion; esperaré veros, y crearé escuchar vuestras voces en el murmullo de las hojas y de las flores! Iré con Felicia á visitar vuestros sepulcros, y conservaré hasta que me reuna con vosotros, dos de los más grandes beneficios de la humanidad: LA ESPERANZA y LA FE.

FIN DE LAS MEMORIAS DE UNA MADRE.

PARTE SEGUNDA.

LA VIDA REAL.